

# La Secta del Perro

Por  
**Adrián Restrepo Parra**  
 Profesor Instituto de Estudios Políticos  
 Universidad de Antioquia  
 Miembro de UreA



Hace pocos días los medios de comunicación y los órganos de control estatal del país afirmaron la existencia de posibles irregularidades en la asignación de subsidios otorgados por el programa de gobierno Agro Ingreso Seguro, dirigido por el Ministerio de Agricultura. Más allá de si los beneficiarios cumplieron cabalmente o no con eso de “como lo dice la ley”, la discusión en cuestión ha contado con la participación de algunos críticos de los medios de comunicación, dirigentes de partidos de oposición, analistas políticos y público en general.

Estos sectores sociales, independientemente de la legalidad de la asignación de los recursos de Agro Ingreso Seguro, encuentran cuestionable que la designación de los recursos del Estado, por medio del programa agrario, termine en las manos de un exclusivo grupo de familias que suelen ser reconocidas por su poderío económico y las “influencias políticas” en la vida nacional. Por supuesto, la situación se torna más escandalosa al contrastarla con las recientes estadísticas de pobreza, las cuales indican que más del 50% de los pobres cayeron en indigencia; grandes cantidades de personas en condiciones de miseria que el Gobierno, honesto como es, reconoce que efectivamente existen.

En medio de todo ese barullo cabe preguntar ¿el escándalo es escándalo para quién? Ciertas fuerzas vivas de la sociedad son las escandalizadas, mientras el Gobierno, por su parte, muestra una pasmosa tranquilidad, digamos mejor, *frescura*, que compagina bien con los otros dos principios compañeros de viaje: desfachatez y perseverancia. Estos tres principios de comportamiento han sido los rasgos básicos del pensamiento cínico y guía de vida para los seguidores de esta forma de vida conocida históricamente como la Secta del Perro.

Diógenes Laercio, biógrafo de Diógenes Sinope, es quien describe el surgimiento de esta secta y sus postulados. Nos cuenta Diógenes Laercio que el viejo Sinope promovió el lema “trasmutar los valores”, asunto que hizo con actos más que con palabras. El estilo de vida de este filósofo resultó molesto para sus conciudadanos de época y condujo a que le pusieran el epíteto del perro. Ese apodo buscaba aplicar una sanción social, porque para ese entonces el perro designaba no sólo un animal sino también un ser que vive naturalmente, que sin ser humano convive con ellos, come de sus manos, recibe abrigo y, todo ello, sin tener que renunciar a ser lo que es, un animal. Pues bien, Diógenes Sinope, consecuente con su carácter, tomó el epíteto como reconocimiento e hizo del apodo y sus características un emblema de vida al encontrar en los comportamientos del perro, *frescura*, desfachatez y perseverancia, los principios para llevar una vida cínica. Así Diógenes Sinope dejó de ser el perro y pasó a llamarse el Perro.

El cinismo y los tres principios enunciados parecen formar parte de la guía de comportamiento del Gobierno colombiano. Veamos: una pasmosa tranquilidad del Gobierno que permite entender que Agro Ingreso Seguro junto con Carimagua, las empresas recicladoras, las zonas francas, entre otros, son escándalos para los actores distintos al Gobierno Nacional y no para el Gobierno mismo, que de manera franca invita a callar a la crítica so pretexto de la legalidad que autoriza al beneficio de quienes mejor están socialmente. Sin embargo, el argumento legal no ha podido silenciar la crítica; pareciera ser que la legalidad empieza a cruzar la delgada línea de su legitimidad y ahora el público siente que de la ley no emana justicia sino privilegio.

Para el cínico empieza a valer que las decisiones estén revestidas de legalidad, socavando, sin pensarlo, los alcances de la misma ley. La flamante justicia que debe expresar la ley cae por el peso de los

***...los viejos cínicos podían serlo porque en cierto sentido no tenían “nada” que perder y por eso eran tan radicales contra el poder; por el contrario, nuestros cínicos lo son porque tienen la sartén por el mango y ponen su cinismo como una especie de demostración de que la realidad es así y no habría mucho que hacer al respecto.***

hechos sociales que tiran en la cara de las personas la fría respuesta: “así es esta realidad ¡y qué!” El cínico cada vez más dice *su verdad*, pero como el contenido de sus palabras es escandaloso para los demás, entonces, el cínico apela a la legalidad. La justicia ha salido corriendo de la legalidad de este país al escuchar los ladridos de los seguidores de la Secta del Perro. Las acciones de Gobierno prosiguen su manera peculiar de utilizar la ley, poco se inmutan cuando cuentan con más del 70% de popularidad, guarismo que da para sentirse *frescos*, asistimos a las facturas que cobra el Gobierno por el llamado “efecto teflón”, redondeado por la consigna de representar a las mayorías, y punto.

La frescura es ese punto de la vida en el cual la persona siente que es inmune al mundo, un cesar de la opinión del otro que le permite actuar libremente, al extremo de llevar a los perrunos a la *desfachatez*, o sea a la desvergüenza. El cínico busca mostrarse tal y como es; siguiendo el ejemplo del perro obra naturalmente, la naturaleza se impone, mucho más cuando el poder está del lado propio; ¿alguien podrá gritar ¡el rey está desnudo!? Para sorpresa, el cínico “moderno” nos quita el problema de encima, él mismo grita a los cuatro vientos que le gusta estar como la naturaleza lo trajo al mundo.

De tan natural forma el Gobierno dice que es justo entregar dinero público a los mejor económicamente posicionados, siempre y cuando cumplan con los requisitos diseñados por el Gobierno; y, simultáneamente, el Gobierno acepta las altas cifras de pobreza. ¿Nos miente el Gobierno sobre estos asun-

tos? ¡No! honradez y realidad son lo mismo para el cínico, él y su frase lapidaria ¡sí, así soy! ¡y qué! y así es la naturaleza y así son las cosas ¡y qué!

El cínico para consagrarse como tal requiere ser perseverante, perseverar en las dos virtudes anteriores, es decir, en la frescura y la desfachatez. Para el caso, la sucesión de escándalos ubicados en el plano económico dan muestra de la *perseverancia* del Gobierno por atender las demandas de emporios económicos (entre los cuales el sector financiero reluce) y políticos que hacen parte de la base que conduce la mayoría de Gobierno. En el plano económico, el Gobierno ha dado serias muestras de querer implantar una economía de mercado lo más moderna posible, los esfuerzos empeñados en tal empresa no han sido pocos y todos apuntan a insistir hasta lograr dicho cometido. Aunque para mejor claridad sobre la perseverancia, valga una pregunta ¿qué puede decirse de la perseverancia que diga más que el mismo intento del Presidente por continuar en el poder por un tercer periodo?

Finalmente, es más que justo aclarar, a favor del cinismo clásico, que el Perro Mayor, Diógenes de Sinope –el fundador–, con esta doctrina pretendió burlarse del poder, al tiempo que, como sabio, recorrería el camino del conocimiento agitando la verdad sobre los poderosos; al decir de los griegos un acto de parresia, el cual es redimensionado por los cínicos de hoy, “modernos” que gustan, a contrapelo de la tradición clásica, quemar incienso al poder y usufructuar para bien propio el erario público. En otras palabras, los viejos cínicos podían serlo porque en cierto sentido no tenían “nada” que perder y por eso eran tan radicales contra el poder; por el contrario, nuestros cínicos lo son porque tienen la sartén por el mango y ponen su cinismo como una especie de demostración de que la realidad es así y no habría mucho que hacer al respecto.

